

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año IV—Tomo IV |

San Salvador, Domingo 8 de Junio de 1884.

| Serie XIV—N. 158

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEON XIII SOBRE LA FRANCMASONERÍA.

Á NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIAR-
CAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DE TODO
EL UNIVERSO CATÓLICO, EN GRACIA Y COMU-
NIÓN CON LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,

LEON XIII, PAPA

VENERABLES HERMANOS,

Salud y bendición apostólica.

Desde que, por envidia del demonio, el género humano se separó miserablemente de Dios, al cual era deudor de su existencia y dones sobrenaturales, se dividió en dos campos enemigos que no cesan de pelear, uno por la verdad y la virtud, otro por todo lo que es contrario á la virtud y á la verdad. Es el primero el reino de Dios sobre la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros si quieren serlo de corazón y alcanzar su salud, necesariamente han de servir á Dios y á su Hijo único con toda su alma, con toda su voluntad. Es el segundo, el reino de Satanás. Bajo su imperio y su poder se encuentran todos los que, siguiendo el funesto ejemplo de su jefe y de nuestros primeros padres, se resisten á cumplir la ley divina y de mil modos se esfuerzan, aquí por pasarse sin Dios, allí por obrar directamente contra Dios.

San Agustín vió y escribió con gran perspicacia estos dos reinos en forma de dos ciudades opuestas una á otra, así por las leyes que las rigen, como por el ideal á que tienden; y con ingenioso laconismo, puso de relieve con las siguientes palabras el principio constitutivo de cada una de ellas. *De dos amores han nacido estas dos ciudades: la ciudad terrestre procede del amor propio, llevado hasta el menosprecio de Dios; la ciudad celestial procede del amor de Dios, llevado hácia el menosprecio de sí mismo.* (1) En todo el curso de los siglos que nos han precedido, jamás dejaron de luchar ambas ciudades una contra otra, empleando toda suerte de tácticas y las más diversas armas, aunque no siempre con igual ardor ni el mismo ímpetu.

En nuestra época parece que los factores del mal se han coligado en un inmenso esfuerzo, á impulso y con ayuda de una sociedad esparcida en gran núme-

ro de lugares y vigorosamente organizada, la sociedad de los *Francomasones*. Los cuales, en efecto, no se toman ya el trabajo de disimular sus propósitos, y rivalizan unos con otros en audacia contra la augusta majestad de Dios. Públicamente, á cielo abierto, emprenden la obra de arruinar la Santa Iglesia á fin de conseguir, si eso fuera posible, despojar completamente á las naciones cristianas de los beneficios que deben á nuestro Salvador Jesucristo.

Gimiendo á vista de estos males, y llevado de la caridad, muchas veces Nos sentimos movido á exclamation delante de Dios: *Señor, hé aquí que tus enemigos mueven gran estrépito. Los que te odian han erguido la cabeza. Urden conspiraciones contra tu pueblo llenos de malicia, y han resuelto perder á tus Santos. Sí; ellos han dicho: venid y arrojémoslos del seno de todas las naciones* (2).

Con todo eso, en tan apremiante riesgo, en presencia de agresión tan cruel y tenaz contra el cristianismo, es deber Nuestro mostrar el peligro, denunciar á los adversarios, oponer toda la resistencia posible á sus proyectos é industrias: primeramente para impedir la eterna perdición de las almas, cuya salud Nos ha sido confiada; además, para que el reino de Jesucristo, que Nos estamos encargados de defender, no solo permanezca firme y en toda su integridad, sino haga por toda la tierra nuevos progresos y nuevas conquistas.

Con vigilante solicitud por la salvación del pueblo cristiano, bien pronto reconocieron nuestros predecesores á este enemigo capital en el momento en que, saliendo de las sombras de una conspiración oculta, se arrojó al asalto en pleno día. Sabedores de lo que él era, de lo que quería, y leyendo, por decirlo así, en lo porvenir, dieron á príncipes y pueblos la voz de alarma, y los pusieron en guardia contra las emboscadas y los artificios urdidos para sorprenderlos.

Fué denunciado el peligro la primera vez por Clemente XII (3) en 1738, y la Constitución promulgada por este Papa se renovó y confirmó por Benedicto XIV (4). Pío VII (5) siguió las huellas de estos dos Pontífices; y León XII, comprendiendo en su Constitución Apostólica *Quo graviora* (6) todos los actos y decretos de los Papas precedentes sobre esta materia, los ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII (7), Gregorio XVI (8) y, en diversas ocasiones, Pío IX (9), hablaron en el mismo sentido.

(2) Ps. LXXXII, 2-4.

(3) Const. *In eminenti*, de 24 Abril 1738.

(4) Const. *Proclamas*, de 18 Mayo 1751.

(5) Const. *Ecclesiam á Jesu Christo*, de 12 Setiembre 1821.

(6) Const. de 13 Marzo 1825.

(7) Encycl. *Traditio*, de 21 Mayo 1829.

(8) Encycl. *Mirari*, de 15 Agosto 1832.

(9) Alloc. *Multiplies inter*, de 25 Setiembre 1865; Encycl. *Qui pluribus*, de 9 Noviembre 1846, etc.

(1) *De civ. Dei.*, I, XIV. c. 27.

El objeto fundamental y el espíritu de la secta masónica, se pusieron á toda luz con la manifestación evidente de sus maquinaciones, el conocimiento de sus principios, la exposición de sus reglas, sus ritos y comentarios, á que más de una vez se añadieron los testimonios de sus propios adeptos. Ante hechos tales, era natural que esta Sede Apostólica denunciase públicamente á la secta de los francmasones como asociación criminal, no menos perniciosa á los intereses del Cristianismo que á los de la sociedad civil. Fulminó, pues, contra ella las penas más graves que la Iglesia suele emplear contra los culpados, y prohibió afiliarse en ella.

Irritados con tal medida, y esperando que, ya con el desdén, ya con la calumnia, podrían burlar estas condenaciones ó atenuarían su fuerza, los miembros de la secta acusaron á los Papas que las habían impuesto, ora de haber dictado sentencias inícuas, ora de haberse excedido en las penas impuestas. De esa manera procuraron eludir la autoridad ó disminuir el valor de las Constituciones promulgadas por Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII, y Pío IX.

No faltaron, sin embargo, aun en las filas de la secta, asociados que confesaran, aun á despecho suyo, que, dadas la doctrina y la disciplina católicas, no habían hecho nada que no fuese muy legítimo. A esta confesión hay que añadir el asentimiento explícito de algún número de príncipes ó jefes de Estado, que pusieron empeño, ya en denunciar la sociedad de los francmasones á la Sede Apostólica, ya de perseguirla por sí propios como peligrosa, estableciendo leyes contra ella, como sucedió en Holanda, Austria, Suiza, España, Baviera, Saboya y otras partes de Italia.

Importa en gran manera hacer notar de qué modo los acontecimientos dieron la razón á la prudencia de nuestros predecesores. Su previsora y paternal solicitud no tuvieron siempre ni en todas partes el éxito que fuera de desear: lo que se ha de atribuir, así al disimulo y la astucia de los hombres comprometidos en esa secta perniciosa, como á la imprudente ligereza de los que más directo interés debían tener en vigilarla atentamente. De eso resultó que, en el espacio de siglo y medio, la secta de los francmasones ha logrado increíbles progresos.

Empleando á la vez la audacia y la ratería, ha invadido todos los grados de la gerarquía social, y comienza á tener en el seno de los Estados modernos un poder, que casi equivale á la soberanía. De esta rápida y formidable extensión, han resultado por necesidad para la Iglesia, para la autoridad de los príncipes, para la salud pública, los males que Nuestros predecesores habían con mucha anticipación previsto. A punto se ha llegado en que hay motivo de concebir para lo venidero los más serios temores; no ciertamente en lo que concierne á la Iglesia, cuyos sólidos fundamentos no se han de quebrantar por los esfuerzos de los hombres, sino con relación á la seguridad de los Estados en cuyo seno se han hecho poderosísimas, bien esta secta de la francmasonería, bien otras asociaciones similares, cooperatrices suyas y satélites.

Por todos estos motivos, en cuanto Nos pusimos la mano en el gobernalle de la Iglesia, claramente sentimos la necesidad de resistir á mal tan grande y de dirigir contra él, cuanto fuese posible, Nuestra autoridad apostólica. Así, aprovechando todas las ocasiones favorables, hemos tratado las principales tesis doctrinales en que las perversas opiniones de la secta masónica parece que han ejercido mayor influencia. De ese modo, en Nuestra Encíclica *Quod apostolici muneris*, hemos procurado combatir los monstruosos sistemas de los socialistas y comunistas. Nuestra Encíclica *Arcanum* Nos dió ocasión de esclarecer y

defender la noción verdadera y auténtica de la doméstica sociedad, de la cual es origen y fuente el matrimonio. En la Encíclica *Diuturnum*, hicimos conocer, según los principios de la sabiduría cristiana, la esencia del poder político, y mostramos sus admirables armonías con el orden natural, y asimismo con la salud de los pueblos y de los príncipes.

Hoy, á ejemplo de nuestros predecesores, hemos resuelto fijar directamente nuestra atención sobre la sociedad masónica, sobre el conjunto de su doctrina, sobre sus proyectos, sus sentimientos y sus actos tradicionales, á fin de hacer más resplandeciente la evidencia de su poder para el mal, y detener en sus progresos el contagio de este funesto azote.

Existe en el mundo cierta porción de sectas, que, si bien difieren unas de otras en nombre, ritos, forma, origen, se asemejan y están de acuerdo entre sí, por la analogía del objeto y de los principios esenciales. De hecho son idénticas á la francmasonería, que es para todas las otras como el punto central de donde procedan y á donde van á parar. Y aunque al presente aparenten no gustar de permanecer escondidas, aunque tienen reuniones á la luz del día y á vista de todos, aunque publican periódicos, con todo eso, si se mira al fondo de las cosas, puede verse que pertenecen á la familia de las sociedades clandestinas y que conservan sus aires. Hay, en efecto, en ellas especies de misterios que su constitución prohíbe con el mayor cuidado divulgar, no solamente á los extraños, sino á un buen número de sus adeptos.

A esta categoría pertenecen los consejos íntimos y supremos, los nombres de los principales jefes, ciertas reuniones más ocultas é internas; así como las acciones que toman y los medios y agentes de ejecución. Concurren maravillosamente á esta ley del secreto la división de derechos, oficios y cargos establecidos entre los asociados, la distinción gerárquica sabiamente organizada, de órdenes y grados, y la severa disciplina á que están todos sometidos. La mayor parte del tiempo, los que solicitan la iniciación, tienen que prometer, más aún, tienen que jurar solemnemente que jamás revelarán á nadie, en ninguna ocasión, de ninguna manera, los nombres de los asociados, las notas características, ni las doctrinas de la sociedad. De esa suerte, con mentidas apariencias, y haciendo del disimulo la norma constante de su conducta, como los maniqueos en otro tiempo, los francmasones no perdonan medio ninguno de ocultarse y de no tener más testigos que sus cómplices.

Como su interés supremo consiste en no parecer lo que son, hacen el papel de amigos de las letras, ó de filósofos reunidos y juntos para cultivar las ciencias. No hablan más que de su celo por los adelantamientos de la civilización, de su amor al pobre pueblo. A creerlos, su solo fin es mejorar la suerte de la muchedumbre, y extender á mayor número de hombres los beneficios de la sociedad civil. Más aún, en el supuesto de que estas intenciones fuesen sinceras, estarían lejos de agotar todos sus designios. En efecto, los que están afiliados han de prometer obediencia ciega y sin discusión á los mandatos de sus jefes; estar siempre prontos, al menor aviso, á la más leve señal, para ejecutar las órdenes que se les den, sometiéndose por adelantado, en caso contrario, á los tratamientos más rigurosos y á la muerte misma. Realmente, no es raro que la pena del último suplicio sea impuesta entre ellos á los que están convictos de haber descubierto la disciplina secreta de la sociedad, ó de haber resistido á las órdenes de los jefes; y esto se practica con tanta destreza, que la mayor parte de las veces el ejecutor de estas sentencias de muerte burla la justicia, establecida para impedir los crímenes y castigarlos.

Pero vivir en el disimulo y querer envolverse en tinieblas; encadenar así con lazos estrechísimos, y sin darles á conocer previamente á que se obligan, á hombres de este modo reducidos á la condición de esclavos; emplear en todo género de atentados estos instrumentos pasivos de una voluntad extraña; armar, para el asesinato, manos con cuyo auxilio se asegura la impunidad del crimen, son prácticas monstruosas condenadas por la misma naturaleza. La razón y la verdad bastan, pues, para probar que la sociedad de que Nos hablamos, está en formal contradicción con la justicia y la moral naturales.

Otras pruebas clarísimas se añaden á las precedentes, y hacen ver todavía mejor cuánto repugna esta sociedad, por su constitución esencial, á la honradez: por grandes, en efecto, que puedan ser entre los hombres la astuta habilidad del disimulo y el hábito de la mentira, es imposible que una causa, cualquiera que sea, no se revele por los efectos que produce: *Un buen árbol no puede producir malos frutos, y uno malo no puede producirlos buenos* (10).

Más los frutos producidos por la secta masónica son perniciosos, y de los más amargos. Hé aquí, en efecto, lo que resulta de cuanto hemos indicado precedentemente; y esta conclusión Nos da la última palabra de sus designios. Tratan los francmasones, y todos sus esfuerzos tienden á ese objeto, tratan de destruir de raíz toda la disciplina religiosa y social que ha nacido de las instituciones cristianas, y de sustituirla con otra nueva, adaptada á sus ideas, cuyos principios y leyes fundamentales están sacados del naturalismo.

Todo lo que Nos acabamos de decir y lo que Nos proponemos decir, ha de entenderse de la secta masónica considerada en su conjunto, en cuanto abraza á otras sociedades que son para ella hermanas ó aliadas. No queremos aplicar todas estas reflexiones á cada uno de sus miembros, individualmente considerado. Puedéense encontrar entre ellos realmente, y aun en mucho número, quien, aunque no exento de culpa por haberse afiliado á semejantes sociedades, no tome parte, sin embargo, en sus actos criminales, é ignore el objeto final que estas sociedades tratan de conseguir. Así también puede suceder que algunos grupos no aprueben las conclusiones extremas á que la lógica debía forzosamente llevarles, pues que necesariamente se derivan de los principios comunes á toda la asociación. Más lleva consigo el mal tal torpeza, que de suyo repugna y espanta. Además, si circunstancias particulares de tiempo ó lugar obligan á ciertas fracciones á permanecer ajenas á lo que quisieran hacer, ó á lo que hacen otras asociaciones, no se ha de concluir de ahí que esos grupos sean extraños al pacto fundamental de la masonería. Este pacto exige ser apreciado, ménos por los actos cumplidos y por sus resultados, que por el espíritu que le anima y por sus principios generales.

Más el primer principio de los naturalistas, es que en todas las cosas la naturaleza ó la razón humana, debe ser dueña ó señora. Por lo cual, cuando se trata de los deberes con Dios, ó hacen poco caso de eso, ó alteran su esencia con opiniones vagas y errados sentimientos. Niegan que Dios sea autor de revelación ninguna. Para ellos, fuera de lo que la razón humana puede comprender, ni hay dogma religioso, ni verdad, ni maestro de la palabra en quien, á causa de su mandato oficial de enseñanza, deba tenerse fé. Y como la misión propia en absoluto y especial de la Iglesia católica, consiste en recibir en su plenitud y en guardar con incorruptible pureza las doctrinas reveladas por Dios, así como la autoridad establecida

para enseñarlas con los otros auxilios dados por el cielo para salvar á los hombres, contra la Iglesia es contra quien los enemigos muestran más encarnizada y dirigen sus más violentos ataques.

Véase ahora á la secta de la masonería cómo trabaja en las cosas que atañen á la religión, allí principalmente donde puede obrar con libertad más licenciosa; y dígase si no parece que se ha impuesto por mandato, ejecutar los decretos de los naturalistas.

De esa manera, aunque le cueste larga y trabajosa labor, propónese reducir á la nada, dentro de la sociedad civil, el magisterio y la autoridad de la Iglesia; y de ahí la consecuencia que los francmasones procuran vulgarizar, sin dejar un punto de pelear por ella; es á saber, que es absolutamente preciso separar á la Iglesia y el Estado. Excluyen, por lo tanto, así de las leyes como de la administración de la cosa pública, la saludabilísima influencia de la religión católica, y lógicamente acaban por pretender que el Estado, todo entero, se constituya extraño á las constituciones y los preceptos de la Iglesia.

Ni les basta excluir de toda participación en el gobierno de los negocios humanos á la Iglesia, guía tan sabia y segura; aun es menester que la traten como enemigos, y que usen de violencia contra ella. De ahí la impunidad con que, de palabra, por escrito, en la enseñanza, es permitido atacar los fundamentos mismos de la Religión católica. Ni los derechos de la Iglesia, ni las prerogativas con que la Providencia la dotó, nada se libra de sus ataques. Se reduce á casi nada su libertad de acción, y eso con leyes que á primera vista no parecen muy opresivas, pero que, en realidad, expresamente están hechas para encadenar esta libertad en la red de leyes excepcionales, ideadas contra el clero. Nos, señalaremos particularmente las que dan por resultado la disminución notable de los ministros del santuario, y la reducción cada día mayor de sus medios indispensables de acción y de existencia. Los restos de los bienes eclesiásticos, sometidos á mil servidumbres, se han puesto bajo la dependencia y el capricho de administradores civiles. Las comunidades religiosas están suprimidas ó dispersas.—Con relación á la Sede Apostólica y el Pontífice Romano, la enemistad de los sectarios aumenta en intensidad. Después de haber despojado al Papa, con falsos pretextos, de su soberanía temporal, garantía necesaria de su libertad y sus derechos, hánle reducido á situación por todo extremo intolerable é inicua; hasta que á la postre, en estos últimos tiempos, los fautores de esas sectas han llegado al punto que era de tiempo atrás objeto de sus secretos propósitos; es á saber, han proclamado que llegó el momento de suprimir el sagrado poder de los Pontífices Romanos, y de destruir nteramente el Pontificado, que es de institución divina. Para dejar fuera de duda la existencia de semejante plan, bastaría, á falta de otras pruebas, invocar el testimonio de hombres que han pertenecido á la secta, la mayor parte de los cuales, en otro tiempo y en época más reciente, han hecho público el propósito que los francmasones tienen de perseguir al Catolicismo con singular é implacable enemistad, y su firme resolución de no parar, sino después de haber destruido radicalmente todas las instituciones religiosas establecidas por los Papas.

Y si todos los miembros de la secta no son constreñidos á renegar explícitamente del Catolicismo, es por excepción, que lejos de perjudicar al plan general de la francmasonería, contribuye por el contrario á sus propósitos. Primeramente, de ese modo puede engañar con más facilidad á los sencillos y confiados, y hace accesible á mayor número la admisión en la secta. De más de eso, abriendo sus filas á adeptos

[10] Matth. VII, 18.

que vienen á ellas de las religiones más diversas, hácelos más idóneos para acreditar el gran error del tiempo presente, el cual consiste en relegar al grado de las cosas indiferentes el cuidado de la Religión, y á medir con igual rasero todas las formas religiosas. Más este principio basta, por sí solo, para arruinar toda la Religión católica, que siendo la única verdadera, no puede, sin sufrir la mayor de las injurias y las injusticias, tolerar que se le ponga al igual de las falsas religiones.

Los naturalistas van todavía más lejos. Audazmente lanzados por las vías del error en las más importantes cuestiones, van arrastrados y como precipitados por la lógica hasta las consecuencias más extremas de sus principios, sea á causa de la debilidad de la naturaleza humana, sea por justo castigo con que Dios humilla su orgullo. Siguese de ahí que no guarden ya en su integridad y certidumbre las verdades accesibles á la sola luz de la razón natural, tales como son seguramente la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Empeñada en un nuevo camino de errores, la secta de los francmasones no se ha librado de estos escollos. En efecto, aunque tomada en conjunto, la secta haga profesión de creer en la existencia de Dios, el testimonio de sus propios individuos hace ver que esta creencia no es, en cada uno de sus miembros, objeto de firme asentimiento é inquebrantable certidumbre. No disimulan que la cuestión de si Dios existe es causa entre ellos de grandes disentimientos. Aun está averiguado que, poco tiempo hace, se empeñó entre ellos sería controversia sobre ese asunto. De hecho la secta deja á los iniciados entera libertad de ir por uno ú otro camino, sea para afirmar la existencia de Dios, sea para negarla; y los que niegan resueltamente este dogma son admitidos á la iniciación, con la misma felicidad que los otros que, en cierto modo, todavía la admiten, pero desnaturalizándola, como los panteístas, cuyo error precisamente consiste en conservar no se sabe qué absurdas apariencias del Sér divino, y hacer desaparecer lo que hay de esencial en la verdad de su existencia.

Cuando este fundamento necesario se destruye ó siquiera se quebranta, de su peso se cae que los otros principios del orden natural vacilan en la humana razón, la cual ya no sabe á qué atenerse, ni sobre la creación del mundo por un acto libre y soberano del Creador, ni sobre el gobierno de la Providencia, ni sobre la supervivencia del alma y la realidad de una vida futura é inmortal que suceda á la presente vida. El derrumbamiento de las verdades que son base del orden natural, é importan tanto á la conducta racional y práctica de la vida, por fuerza se ha de sentir en las costumbres privadas y públicas. Pasemos en silencio sobre aquellas virtudes sobrenaturales que, sin dón especial de Dios, ninguno puede practicar ni adquirir; virtudes de las cuales es imposible encontrar huella ninguna en aquellos, que hacen profesión desdeñosa de ignorar la redención del género humano, la gracia, los Sacramentos, la futura bienandanza que ha de lograrse en el cielo. Solamente hablamos de los deberes que se derivan de los principios de la natural honradez.

Un Dios que ha creado el mundo y le gobierna con su providencia; una ley eterna cuyas prescripciones manda respetar el orden de la naturaleza y prohíben turbarle; un fin último, puesto para el alma en región superior á las cosas humanas, y más allá de esta posada terrestre; he aquí las fuentes, los principios de toda justicia y honestidad. Hacedlas desaparecer, (esa es la pretensión de los naturalistas francmasones), y será imposible saber en qué consiste la ciencia de lo justo ó de lo injusto, ni en qué se apo-

ya. Cuanto á la moral, la única cosa que ha encontrado gracia ante los miembros de la secta masónica, en la cual quieren que la juventud se instruya con cuidado, y es lo que ellos llaman *moral cívica*,—*moral independiente*,—*moral libre*,—en otros términos, moral que no deja lugar ninguno á las ideas religiosas.

Cuán insuficiente es una moral semejante, hasta que punto carece de solidez y está á merced del soplo de las pasiones, bien puede verse en los tristes efectos que ya ha producido. Allí, en efecto, donde, después de haber tomado el puesto de la moral cristiana, ha comenzado esa otra moral á reinar con mayor libertad, pronto se ha visto enflaquecer la probidad é integridad de costumbres, aumentar y fortificarse las opiniones más monstruosas, y desbordarse por todas partes la audacia del crimen. Semejantes males arrancan hoy universales quejas y lamentos, á que hacen coro alguna vez aquellos mismos que, bien á pesar suyo, se ven obligados á rendir testimonio á la evidencia de la verdad.

Hay además, que, estando la naturaleza humana viciada por el pecado original, y, á causa de eso, más dispuesta al vicio que á la virtud, la honradez es absolutamente imposible, si los movimientos desordenados del alma no son reprimidos, y si los apetitos no obedecen á la razón. En tal conflicto, muchas veces es menester despreciar los terrenales intereses y resolverse á los más duros trabajos y al sufrimiento, para que la razón victoriosa se conserve en posesión de su soberanía. Pero los naturalistas y los francmasones, como no dan fé ninguna á la revelación que tenemos de Dios, niegan que el Padre del género humano haya pecado, y, por consiguiente, que las fuerzas del libre arbitrio estén de ningún modo "debilitadas ó inclinadas hácia el mal" (11).

Todo lo contrario, exageran el poder y la excelencia de la naturaleza, y poniendo en ella exclusivamente el principio y la regla de la justicia, ni aun pueden concebir la necesidad de hacer constantes esfuerzos y desplegar grandísimo valor, para comprimir las rebeldías de la naturaleza y para imponer silencio á sus apetitos. Así vemos multiplicar y poner al alcance de todos los hombres cuanto puede halagar sus pasiones. Periódicos y folletos, donde no hay rastro de decoro y pudor; representaciones teatrales, que pasan los límites de la licencia; obras artísticas donde se exhiben, con repugnante cinismo, los principios de eso que hoy llaman *el realismo*; ingeniosas invenciones, destinadas á aumentar las delicadezas y los goces de la vida; en una palabra, nada se perdona para satisfacer el amor del placer, con el cual acaba por ponerse de acuerdo la virtud adormecida.

Seguramente, esas gentes son culpables; pero al propio tiempo son consecuentes consigo mismas, que, al suprimir la esperanza de los bienes futuros, abaten la felicidad al nivel de las cosas perecederas, más abajo aún que los horizontes visibles. Apoyándose en estos asertos, fácil sería alegar hechos ciertos, aunque en apariencia increíbles. No habiendo nadie, en efecto, que obedezca con tan grande servilismo á esos hábiles y astutos personajes, como á aquellos cuyo valor se ha enervado y deshecho en la servidumbre de las pasiones, ha habido sectarios en la francmasonería que han sostenido la necesidad de emplear sistemáticamente todos los medios posibles para saturar á la multitud de licencia y de vicios, bien seguros de que, en esas condiciones la muchedumbre estaría toda entera entre sus manos y podría servirle de instrumento para el logro de sus más osados planes.

En lo que hace á la familia, he aquí á qué se reduce la enseñanza de los naturalistas. El matrimonio

[11] Concilio de Trento, Sess. VI, De Justit., c. 1

no es, sino una variedad de la especie de los contratos; y se puede, por lo tanto, disolver legítimamente á voluntad de los contratantes. Los jefes del gobierno no tienen poder sobre el vínculo conyugal. En la educación de los hijos, no hay nada que enseñarles metódicamente, ni nada que prescribirles en punto á religión. Corre á cuenta de los hijos, cuando tengan edad, escoger la religión que bien les parezca. Y no solamente los francmasones admiten por completo tales principios, sino procuran infundirlos en las costumbres y en las instituciones.

Ya en muchos países, aun católicos, se ha establecido que fuera del matrimonio civil, no hay unión legítima. Además, la ley autoriza el divorcio, que otros pueblos se apresuran á introducir en su legislación con la brevedad posible. Todas estas medidas preparan la próxima realización del proyecto de mudar la esencia del matrimonio, reduciéndole á no ser ya sino unión inestable, efímera, nacida del capricho de un instante, que puede ser disuelta cuando se cambie de capricho.

También acumula la secta todas sus energías y todas sus fuerzas para apoderarse de la educación de la juventud. Esperan los francmasones que cómodamente podrán amoldar á sus ideas la flexibilidad de edad tan tierna, é inclinarla en la dirección que quieran, no habiendo medio más eficaz para formarle á la sociedad civil una raza de ciudadanos tal, como los francmasones se la quieren preparar. Por eso en la educación é instrucción de los niños no quieren tolerar á los ministros de la Iglesia, ni como profesores ni como vigilantes. Ya en muchos países han logrado, que exclusivamente se confíe á los seglares la educación de la juventud, y que asimismo se proscriban totalmente de la enseñanza de la moral los grandes y santos deberes que unen al hombre con Dios.

Vienen en seguida los dogmas de la ciencia política. Véase cuáles son en este punto las tesis de los naturalistas:—los hombres son iguales en derechos; todos, y en todos conceptos, son de igual condición. Siendo todos libres por naturaleza, ninguno de ellos tiene derecho de mandar á sus semejantes, y es hacer violencia á los hombres querer someterlos á cualquiera autoridad, á menos que tal autoridad no proceda de ellos mismos. Todo poder está en el pueblo libre; los que ejercen el mando solo le tienen por mandato ó concesión del pueblo, y eso de modo que, si cambia la voluntad popular, hay que despojar de su autoridad á los jefes del Estado, aun á despecho de ellos. La fuente de todos los derechos y de todas las funciones civiles, ó reside en la multitud, ó reside en el poder que rije al Estado si está constituido según los principios nuevos. El Estado además ha de ser ateo: para él no hay, en efecto, ninguna razón de preferir una ú otra de las diversas formas religiosas; luego á todas debe considerarlas iguales.

Que tales doctrinas profesan los francmasones, que ese es para ellos el ideal con arreglo al cual entienden constituir las sociedades, cosa es casi en demasía evidente para que sea menester probarla. Mucho tiempo hace ya que francamente trabajan por conseguirlo, y á eso dedican todos sus esfuerzos y recursos. Abren así el camino á otros sectarios numerosos y más audaces, que están prontos á sacar de esos falsos principios conclusiones todavía más detestables, es á saber, la participación igual y la comunidad de bienes entre los ciudadanos, después que se suprime toda distinción de clases y fortuna.

Los hechos que acabamos de resumir, arrojan luz suficiente sobre la constitución íntima de los francmasones, y muestran con claridad por qué vías se encaminan á su fin. Sus dogmas principales están en tan completo y manifiesto desacuerdo con la razón, que

no se puede imaginar cosa más perversa. En efecto, querer destruir la Religión y la Iglesia establecidas por Dios mismo y aseguradas por Él, con perpétua protección, para resucitar entre nosotros, después de diez y ocho siglos, las costumbres é instituciones de los paganos, ¿no es el colmo de la locura y la más osada impiedad? Ni es ménos horrible, ni más soportable ver que repudian los beneficios misericordiosamente ganados por Jesucristo, para los individuos en primer término, después para los hombres agrupados en familias y naciones; beneficios de grandísimo precio, aun según el testimonio de los mismos enemigos del Cristianismo. Ciertamente, que en plan tan criminal é insensato, bien se puede reconocer el odio inextinguible que anima á Satán contra Cristo, y su pasión de venganza.

Otro designio á cuya realización dedican también los francmasones todos sus esfuerzos, es destruir los fundamentos principales de la justicia y la honradez. Por ahí se hacen auxiliares de los que quisieran que, á imitación del animal, no tuviese el hombre más regla de acción que sus deseos. Semejante designio no tiene nada ménos que á deshonrar al género humano y á precipitarle ignominiosamente en su ruina.

El mal se aumenta con todos los peligros que amenazan á la sociedad doméstica y á la sociedad civil. Como otras veces lo hemos expuesto, todos los pueblos, todos los siglos concuerdan en reconocer en el matrimonio algo de sagrado y religioso; y la ley divina ha provisto á que las uniones conyugales no puedan disolverse. Pero si se convierten en puramente profanas, si se permite romperlas á capricho de los contratantes, en ese instante la constitución de la familia será presa de turbación y confusión; las mujeres serán desposeídas de su dignidad, y los hijos y los intereses perderán toda protección y seguridad. Cuanto á la pretención de hacer al Estado completamente extraño á la religión y que pueda administrar los asuntos públicos sin tener cuenta con Dios, como si no existiese, es temeridad sin ejemplo, ni aun entre los paganos. Los cuales tenían tan profundamente grabado en lo más íntimo de sus almas, no solamente una idea vaga de los dioses, si no la necesidad social de la religión, que, en su modo de ver, más fácil hubiera sido á una ciudad mantenerse en pié sin apoyarse en el suelo, que privada de Dios. De hecho la sociedad del género humano, para la cual nos ha criado la naturaleza, fué constituida por Dios, autor de la naturaleza. De Él, como principio y como fuente, derivan en su fuerza y en su perennidad los beneficios innumerables con que la sociedad nos enriquece. Así, á la manera que la voz de la naturaleza recuerda á cada hombre en particular la obligación en que está de ofrecer á Dios culto de piadosa gratitud, porque á Él somos deudores de la vida y de los bienes que la acompañan, de esa misma manera hay un deber semejante para los pueblos y las sociedades.

Resulta de ahí con toda evidencia, que los que quieren romper toda relación entre la sociedad civil y los deberes de la Religión, no sólo cometen una injusticia, sino prueban con su conducta su ignorancia y su ineptia. Por la voluntad de Dios nacen en efecto los hombres para estar reunidos y vivir en sociedad; la autoridad es el vínculo necesario para el mantenimiento de la sociedad civil, de tal manera, que rota la autoridad, la sociedad se disuelve fatal é inmediatamente. La autoridad tiene, pues, por autor al mismo Sér que ha creado la sociedad. De modo que, quien quiera que sea aquel en cuyas manos reside el poder, ese es ministro de Dios. Por consecuencia, en la medida en que lo exigen el fin y la naturaleza de la sociedad humana, hay que obedecer al poder legítimo que manda cosas justas, como á la misma

autoridad de Dios que todo lo gobierna; y nada hay más contrario á la verdad, que sostener que de la voluntad del pueblo depende rehusar esa obediencia cuando le acomode.

Cierto, si se considera que todos los hombres son de la misma raza é idéntica naturaleza, y que todos deben alcanzar el mismo fin último, y si se mira á los deberes y derechos que derivan de esta comunidad de origen y destino, no es dudoso que todos son iguales. Más, como no todos tienen los mismos recursos de inteligencia, y unos de otros difieren, así en las facultades del espíritu, como en las energías físicas, y hay entre ellos, en fin, mil diferencias de costumbres, gustos, caracteres, nada repugna tanto á la razón como el empeño de reducirlos todos á la misma medida, é introducir en las instituciones de la vida civil una igualdad rigurosa y matemática. Al modo que la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la unión y combinación de miembros que no tienen las mismas formas ni las mismas funciones, pero cuya feliz asociación y concurso armonioso dan á todo el organismo su belleza plástica, su fuerza y su aptitud para hacer los servicios que les son propios; de esa manera, en el seno de la sociedad humana se encuentra variedad casi infinita de partes desemejantes. Si todos fueran iguales entre sí, y libres cada uno por su cuenta de obrar á su capricho, nada habría más disforme que semejante sociedad. Si al contrario, por una discreta gerarquía de méritos, de gustos y aptitudes cada uno de ellas concurre al bien general, veis alzarse ante vos la imagen de una sociedad bien ordenada y conforme á naturaleza.

Los perniciosos errores que acabamos de recordar, amenazan á los Estados con los más espantosos peligros. Suprimid, en efecto, el temor de Dios y el respeto que á sus leyes se debe; dejad caer en descrédito la autoridad de los príncipes; dad libre curso y alientos á la manía de las revoluciones; soltad la rienda á las pasiones populares; romped todo freno, salvo el de los castigos, y llegaréis por la fuerza de las cosas á un cataclismo universal y á la ruina de todas las instituciones. Tal es, ciertamente, el fin averiguado, explícito, á que enderezan sus esfuerzos muchas asociaciones comunistas y socialistas; y la secta de los francmasones no tiene derecho de decirse extraña á tales atentados, dado que ella favorece sus designios, y en el terreno de los principios está por completo de acuerdo con ellas.

Si estos principios no producen inmediatamente y en todas partes sus consecuencias extremas, no es ni á la disciplina de la secta ni á la voluntad de los secretarios á quien ha de atribuirse; sino, primeramente á la virtud de esta divina Religión que no puede ser destruida, y después á la acción de los hombres que, constituyendo la parte más sana de las naciones, se niegan á sufrir el yugo de las sociedades secretas y luchan con valor contra sus empresas insensatas.

Plugiéase Dios que todos, juzgando del árbol por sus frutos, supieran conocer el germen y el principio de los males que nos anonadan, de los peligros que nos amenazan. Luchamos con un enemigo astuto y fecundo en artificios.

Sobresale en lisonjear agradablemente las orejas de los príncipes y de los pueblos, y ha sabido cautivar á unos y á otros, con la dulzura de sus máximas y la suavidad de sus adulaciones. ¿Los príncipes? Los francmasones han ganado su favor con máscara de amistad, para hacer de ellos aliados y poderosos auxiliares, y con su ayuda oprimir más seguramente á los católicos; para excitar más vivamente el celo de estos altos personajes, persiguen á la Iglesia con imprudentes calumnias. Así, la acusan de tener celos del poder de los soberanos y de disputarle sus derechos.

Segura su audacia con esta política de quedar impune, han logrado gozar de mucho crédito con los gobiernos. De otra parte, siempre están prontos á destruir los fundamentos de los imperios, á perseguir, denunciar y aun destronar á los príncipes, cuando quiera que estos no se presten á usar de su poder como la secta lo exige. ¿Los pueblos? Mófanse de ellos, adulándolos con procedimientos semejantes. Tienen siempre en la boca las palabras de *libertad y prosperidad pública*. A creerlos, es la Iglesia, son los soberanos, quienes han puesto siempre obstáculo á que las muchedumbres fuesen arrancadas á la servidumbre injusta y libradas de la miseria.

Con este lenguaje falaz, han seducido al pueblo, y excitando en él ansia de cambios, y le han lanzado al asalto de los dos poderes, eclesiástico y civil. La realidad de las ventajas que se esperan, siempre queda, sin embargo, muy por bajo de la imaginación y del deseo. Muy lejos de haberse hecho dichoso el pueblo, agobiado por opresión y miseria crecientes, se ve además despojado de los consuelos que, con tanta facilidad y abundancia, hubiera podido hallar en las creencias y prácticas de la Religión cristiana. Cuando se apartan los hombres del orden providencialmente establecido, en justo castigo de su orgullo, encuentran frecuentemente la aflicción y la ruina, donde temerariamente contaban encontrar fortuna próspera para la satisfacción de todos sus deseos.

Cuanto á la Iglesia, si por encima de todo manda á los hombres obedecer á Dios, Soberano Señor del universo, sería juzgarla calumniosamente creer que tiene envidia del poder civil, ó que sueña en disputar sobre los derechos de los príncipes. Nada de eso. Pone bajo la garantía del deber y de la conciencia, la obligación de dar al poder civil lo que legítimamente se le debe. Si hace derivar de Dios mismo el derecho de gobernar, de eso resulta para la autoridad considerable aumento de dignidad, y la facilidad más grande de couciliarse la obediencia, el respeto y el buen querer de los ciudadanos.

Siempre amiga de la paz, por otra parte, la Iglesia es quien mantiene la concordia, abrazando á todos los hombres en la ternura de su maternal caridad. Atenta únicamente á procurar el bien de los mortales, no se cansa de recordar que hay que atemperar siempre la justicia con la clemencia, el gobierno con la equidad, las leyes con la moderación; que el derecho de cada uno es inviolable; que es obligación trabajar por el mantenimiento del orden y de la tranquilidad general, y auxiliar en toda la medida de lo posible, con la caridad privada y pública, á los sufrimientos de los desgraciados. Más, para emplear muy á propósito las palabras de San Agustín: *Quiéren creer que la doctrina cristiana es incompatible con el bien del Estado; porque quieren fundar el Estado, no sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios* (12). Si todo esto fuera mejor conocido, príncipes y pueblos darían pruebas de sensatez política, y obrarían conforme á lo que exige la pública salud, uniéndose á la Iglesia para resistir los ataques de los francmasones, en vez de unirse á los francmasones para combatir á la Iglesia.

Sucedá lo que hubiere de suceder, Nuestro deber es esmerarnos en buscar remedios proporcionados á mal tan intenso, cuyos estragos se han extendido tanto. Nós lo sabemos: Nuestra mejor y más sólida esperanza de curación está en la virtud de esta Religión divina, que los francmasones aborrecen tanto más, cuanto más la temen. Importa, pues, sumamente hacer de ella punto central de resistencia contra el enemigo común.

Así, todos los Decretos dados por los Pontífices

(12) *Epist. CLVI*, al. 3 ab Valurian, cap. V, número 20.

Romanos, Nuestros Predecesores, para condenar los esfuerzos y tentativas de la secta masónica; todas las sentencias por ellos pronunciadas, para apartar á los hombres de afiliarse á ella ó determinarlos á salir de ella. Nós queremos ratificarlos de nuevo, en general y en particular. Llenos de confianza en este punto con la buena voluntad de los cristianos, Nós les suplicamos, por su eterna salvación, y Nós les pedimos, que consideren obligación sagrada de conciencia, no separarse jamás, ni en un solo ápice, de las prescripciones promulgadas sobre este punto por la Sede Apostólica.

Cuanto á vosotros, Venerables Hermanos, Nós os rogamos, Nós os conjuramos, que unais vuestros esfuerzos á los Nuestros, y que empleeis todo vuestro celo, en procurar que desaparezca el impuro contagio del veneno, que circula en las venas de la sociedad y que la inficiona toda entera. Trátase, para vosotros, de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Combatiendo por causas tan grandes, no os han de faltar valor ni fuerza. A vosotros toca determindar, en vuestra discreción, los medios más eficaces para vencer las dificultades y los obstáculos que se alzarán contra vosotros. Pero ya que la autoridad inherente á Nuestro cargo Nos impone el deber de trazarnos la línea de conducta que estimamos mejor, os diremos:

Primeramente, arrancad á la francmasonería la máscara con que se cubre, y mostradla tal cual es.

En segundo lugar, con vuestros discursos y cartas pastorales, especialmente dedicadas á este asunto, instruid á vuestros pueblos; haceldes conocer los artificios empleados por esas sectas para seducir á los hombres y atraerlos á sus filas, la perversidad de sus doctrinas, la infamia de sus obras. Recordadles que en virtud de sentencias dictadas varias veces por nuestros predecesores, ningún católico, si quiere conservarse digno de este nombre y tener de su salvación el cuidado que ella merece, no puede, con ningún pretexto, afiliarse á la secta de los francmasones. Ninguno, pues, se deje engañar por falsas apariencias de honradez. Pueden algunos creer en efecto, que en los planes francmasones no hay cosa formalmente contraria á la santidad de la Religión y de las costumbres. Más, condenado por la moral el principio fundamental que es como el alma de la secta, no hay posibilidad de que sea lícito unirse á ella, ni ayudarla de ningún modo.

También es preciso, con frecuentes instrucciones y exhortaciones, hacer de modo que las muchedumbres aprendan á conocer la Religión. A ese fin, Nos aconsejamos encarecidamente que se exponga, por escrito ó de viva voz en discursos *ad hoc*, los elementos de los sagrados principios que constituyen la filosofía cristiana. Esta última recomendación tiene por principal objeto curar, con ciencia de buena ley, las enfermedades intelectuales de los hombres, y preservarlos á la vez contra las múltiples formas del error y contra las numerosas seducciones del vicio, sobre todo en tiempos en que la licencia de los escritos va á la par con la avidez insaciable de aprender.

La obra es inmensa; para acometerla, tendreis ante todo el auxilio y la colaboración de vuestro clero, si poneis todo cuidado en formarle bien y mantenerle en la perfección de la disciplina eclesiástica y en la ciencia de las santas letras.

Pero tan honrada é importante causa, pide el curso inteligente de los seglares que juntan al amor de la Religión, el de la patria, la probidad y la doctrina. Mancomunadas las fuerzas de ambos órdenes, pond todo esmero en que los hombres conozcan á fondo la Iglesia católica y en que de todo corazón la amen. Porque cuanto más crezcan este conocimiento y este amor en las almas, mayor repugnancia causarán las

sociedades secretas, y con más empeño se huirá de ellas.

Aprovechamos de propósito esta nueva ocasión que se presenta de insistir en la recomendación ya hecha de la Orden Tercera de San Francisco, en cuya disciplina hemos introducido prudentes medidas. Ha de ponerse mucho celo en propagarla y fortalecerla.

Tal como su autor la estableció, consiste toda entera, en esto: atraer á los hombres al amor de Jesucristo, al amor de la Iglesia, á la práctica de las virtudes cristianas. Puede por tanto prestar grandes servicios, ayudando á vencer el contagio de esas sectas abominables. ¡Haga esta santa asociación mayores progresos cada día! Entre los muchos beneficios que se pueden esperar de ella, hay uno que aventaja á todos: esta asociación es verdadera escuela de libertad, de fraternidad, de igualdad, no según el modo absurdo en que los francmasones entienden estas cosas, sino como Jesucristo nos las quiso dar para enriquecer al género humano, y como las practicó San Francisco.

Nós hablamos, pues, aquí de la libertad de los hijos de Dios, en nombre de la cual nos negamos á obedecer á esos inicuos maestros, que se llaman Satanás y las malas pasiones. Hablamos de la fraternidad que nos une á Dios, común Padre y Creador de todos los hombres. Hablamos de la igualdad que se funda en la justicia y la caridad; que no quiere borrar toda distinción entre los hombres, más procura formar, con la variedad de condiciones y deberes de la vida, una admirable armonía y una especie de maravilloso concierto, de que naturalmente se aprovechan los intereses y la dignidad de la vida civil.

En tercer lugar, una institución debida á la prudencia de nuestros padres, y momentáneamente interrumpida por el curso de los tiempos, podría ser otra vez en la época presente, tipo y forma de creaciones análogas. Queremos hablar de esas corporaciones obreras destinadas á proteger, bajo la tutela de la Religión, los intereses del trabajo y las costumbres de los trabajadores. Si la piedra de toque de una larga experiencia hizo apreciar á nuestros abuelos la utilidad de estas asociaciones, nuestra edad sacaría quizá de ellas mayores frutos, tantos preciosos recursos ofrecen para combatir con éxito y para aniquilar el poder de las sectas. Los que solo se libran de la miseria con el trabajo de sus manos, al mismo tiempo que, por su condición, son soberanamente dignos de la caritativa asistencia de sus semejantes, están también más expuestos que otros, á ser engañados por las seducciones y los engaños de los apóstoles de la mentira.

Es preciso, pues, acudir en su auxilio con grandísima bondad y facilitarles la entrada en asociaciones honradas, á fin de impedir que sean arrastrados á las malas. En consecuencia, y para salud del pueblo, deseamos ardientemente ver restablecidas bajo los auspicios y el patronato de los Obispos, estas corporaciones apropiadas á las necesidades de los tiempos presentes. Nos alegramos muchísimo, cuando vimos constituirse en muchos puntos asociaciones de este género, así como también sociedades de patronos, con el objeto unas y otras de acudir en auxilio de la honrada clase de los proletarios, de asegurar á sus familias y á sus hijos el beneficio de un patronato titular, de darles los medios de guardar con las buenas costumbres, el conocimiento de la Religión y el amor de la piedad.

No podemos pasar aquí en silencio una sociedad que ha dado tantos y tan admirables ejemplos, y ha merecido bien de las clases populares: nos referimos á la que ha tomado el nombre de su padre, San Vi-

cente de Paul. Son muy conocidas las obras realizadas por esta sociedad y el objeto que se propone. Los esfuerzos de sus miembros tienden únicamente á auxiliar con una caritativa iniciativa á los pobres, y á los desgraciados; lo que hacen con una maravillosa solicitud y una no menos admirable modestia.—Cuanto más oculta ésta sociedad el bien que hace, tanto más apta es para practicar la caridad cristiana y aliviar las miserias de los hombres.

En cuarto lugar, á fin de mejor alcanzar el objeto de nuestros deseos, recomendamos con nueva instancia á vuestra fé y á vuestra vigilancia la juventud, que es la esperanza de la sociedad. Aplicad á su formación la mayor parte de vuestros cuidados paternales. Cualesquiera que hayan podido ser hasta aquí vuestro celo y vuestra previsión, creed que nunca haceis bastante para sustraer á la juventud, á las escuelas y á los maestros, con los cuales está expuesta á respirar el soplo envenenado de las sectas. Entre las prescripciones de la doctrina cristiana, hay una en la cual deberán insistir los padres, los maestros piadosos, los curas, recibiendo todos el impulso de sus Obispos. Entendemos hablar de la necesidad de defender á sus hijos ó á sus alumnos de las sociedades criminales, enseñándoles desde luego á desafiar los pérfidos y variados artificios, con ayuda de los cuales los sectarios arrastran á los buenos. Los encargados de preparar á los jóvenes para recibir los Sacramentos, obrar prudentemente, si les fundiesen la resolución de no afiliarse á ninguna sociedad, sin contar con sus padres, ó sin haber consultado á su cura ó á su confesor.

Por lo demás, Nos sabemos que nuestros compañeros de trabajo serían de hecho impotentes para arrancar del campo del Señor estas perniciosas semillas, si del alto de los cielos, el Dueño de la viña no secundase sus esfuerzos. Es necesario, pues, implorar su asistencia y su auxilio con grande ardor y por reiteradas súplicas, proporcionadas á la necesidad de las circunstancias y á la intensidad del peligro. Orgullosa con sus anteriores triunfos, la secta de los francmasones levanta insolentemente la cabeza, y su audacia parece no conocer límites. Unidos los unos á los otros con los lazos de una federación criminal y de ocultos proyectos, sus adeptos se prestan mútuo apoyo y se excitan á hacer mal.

A tan violento ataque debe responder una enérgica defensa. Únanse los hombres honrados también, y formen una inmensa coalición de oraciones y de esfuerzos. En consecuencia, Nós les pedimos que realicen entre sí, por la concordia de los espíritus y de los corazones, una cohesión que les haga invencibles, contra los ataques de los sectarios. Además, que eleven hácia Dios sus manos suplicantes y que, por perseverantes gemidos, se esfuercen en obtener la prosperidad y los progresos del cristianismo, el goce tranquilo por la Iglesia de la libertad necesaria, la vuelta de los extraviados al bien, el triunfo de la verdad sobre el error, de la virtud sobre el vicio.

Pídamos á la Virgen María, Madre de Dios, que sea nuestro auxiliar y nuestro intérprete. Victoriada de Satán desde el primer instante de su concepción, despliegue su poder contra las sectas reprobadas que evidentemente hacen revivir entre nosotros el espíritu de revolución, la incorregible perfidia y la astucia del demonio. Llamemos en nuestro auxilio al príncipe de las celestiales milicias, San Miguel, que precipitó en los infiernos á los ángeles rebeldes; á San José, esposo de la Santísima Virgen celestial y tutelar patrón de la Iglesia católica; á San Pedro y San Pablo, Apóstoles magnos, sembradores infatigables é invencibles adalides de la fé católica. Gracias á su protección y á la perseverancia de todos los fieles en las oraciones, tenemos la confianza de que Dios se

dignará enviar su auxilio oportuno y misericordioso al género humano, para librarle de tan gran peligro.

En prenda de los celestiales dones y en testimonio de nuestra benevolencia, Nos os enviamos del fondo del corazón la bendición apostólica, á vosotros, Venerables Hermanos, al clero y á los pueblos confiados á vuestra solicitud.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 20 de Abril de 1884, año VII de nuestro pontificado.

LEON, PAPA III.

SECCION DE LO INTERIOR.

Encíclica de S. S. el Señor León XIII.—En el presente número se omiten el artículo de fondo y casi todas las secciones ordinarias, para dar lugar preferente á la Carta Encíclica, por la cual la Santa Sede condena por centésima vez la *francmasonería*.

Desde que Jesucristo dijo á los apóstoles, pastores de su Iglesia, *el que oye á vosotros, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia*, los católicos dan á la palabra del Soberano Pontífice, príncipe de los pastores de la Iglesia, el mismo asenso, valor y aprecio, que darían á la palabra propia de Jesucristo.

Quando el Vicario de Jesucristo habla, cerca de trescientos millones de católicos diseminados por la redondez de la tierra, inclinan las frentes ante su palabra, aunque muchas de esas frentes estén orladas con las aureolas de la ciencia, del genio, de la autoridad.

El que no acata ni obedece la voz del Vicario de Cristo, no es ni puede ser católico; el que en materias religiosas prefiere el dictámen de su razón individual, al dictámen del que está divinamente constituido para enseñar y gobernar la Iglesia, no pertenece ni puede pertenecer á la misma Iglesia.

La Encíclica de que hablamos es de inapreciable importancia, no solo por el origen augustísimo de que procede, sino además por la materia sobre que versa, de la que depende la conservación ó el desaparecimiento del orden social.

Un distinguido centro-americano que vive ya hace muchos años en España, donde se ha conquistado un puesto igualmente honroso entre los literatos y los diplomáticos, escribe á un amigo nuestro de esta ciudad, y refiriéndose á la Encíclica, dice lo siguiente:

“Ahora cábe me el placer de incluirle otra obra mil veces mejor, y que confortará el ánimo de U. y del virtuosísimo Obispo Señor Cárcamo, y los colmará á ambos, así como á todos los buenos católicos del Salvador, de alegría y de entusiasmo. Me refiero á la admirable encíclica, *Humanum genus* de Nuestro Santísimo Padre León XIII, contra la Francmasonería.

“Esta encíclica ha causado profundísima impresión en toda Europa, como lo demuestran claramente los comentarios que explanan muchos periódicos, ora para celebrarla, ora para combatirla, ora para calificarla de intempestiva; porque ha de saber U. que hay muchos masones, que no están al alcance de todos los propósitos de las sociedades secretas.

“Conviene en todo caso que esos miembros desdichados, más por ignorancia que por malicia, no se conviertan en *instrumentos inertes de ajenas miras y de ocultas cabalas*.”

Ese triple efecto de la presente encíclica, es producido siempre por las grandes resoluciones de la Sede Apostólica. Los verdaderos creyentes siempre celebran, aplauden y aceptan las disposiciones del Vicario de Cristo. Los impíos, haciendo coro con las turbas de racionalistas, materialistas, liberales & siem- pre las impugnan y combaten.

Los indiferentes, medio-católicos y semi-impíos, no se atreven á atacar el fondo de las disposiciones pontificias, pero sí impugnan la forma, ó la oportunidad del tiempo, modo y lugar.

Este tercer grupo, que es el más peligroso por que es el más embozado, incurre en el absurdo de creer, que el Vicario de Cristo está divinamente asistido para no errar en sus enseñanzas dogmáticas, pero que puede ser torpemente extraviado en la oportunidad y circunstancias de esa misma enseñanza.

Si el grupo de los impugnadores francos del magisterio apostólico, es ridículo al pretender discutir con el Vicario de Cristo como de *potencia á potencia* el grupo de estos anfíbios es despreciable.

"El Católico," después de adherirse en absoluto á la última encíclica como á todas las disposiciones pontificias, tiene el honor de recomendar á sus católicos suscritores que la lean atentamente, seguro de que encontrarán en ella la regla infalible para juzgar de una institución, que se atavía con todas las seducciones capaces de engañar la inteligencia y de extraviar el corazón.

El Ilustrísimo Señor Obispo, á pesar de que su salud ha mejorado mucho en el benigno clima de Santa Tecla, ha tenido que permanecer allá más tiempo del que pensaba.

Su completo restablecimiento y algunos asuntos importantes, lo obligan á estar fuera de la Capital algunos días más de los que desean los sacerdotes y seculares que tanto lo aprecian.

Sin embargo, nos conformamos con tenerlo ausente algunos días más, si es para bien suyo y de la Diócesis.

Corpus.—Sabemos que la Sociedad de Señoras par los intereses Católicos de esta Capital, lo mismo que los socios de la Conferencia del Divino Salvador, se ocupan en preparar lo necesario, para que la próxima función del CORPUS se celebre este año, con la mayor posible pompa.

Nada hay, en efecto, en la Iglesia Católica más venerable y más digno del amor de los creyentes, que ese augusto Sacramento, que, además de contener verdadera, real y sustancialmente presente el cuerpo y sangre del divino Redentor, es el compendio ó suprema síntesis de todos los beneficios de la redención.

Por eso las instituciones animadas por el espíritu verdaderamente católico, no pueden ser indiferentes ante esa sagrada institución, y tienen que sentir necesariamente el noble entusiasmo que les inspira la sólida piedad.

No dudamos que ese entusiasmo piadoso será criticado este año como los anteriores, por los que, careciendo de todo principio religioso y de toda regla de urbanidad, acostumbran burlarse de lo más sagrado que tiene la Iglesia, y de lo más respetable que tiene la sociedad.

Pero estamos ciertos que este año como los anteriores, la noble fé de las Señoras y Señores de dichas asociaciones, no será detenida por obstáculo tan pequeño.

Nueva Catedral.—Es increíble la velocidad con que adelantan los trabajos.

A pesar de la magnitud de la obra, cada día se nota algo nuevo: por todas partes se ve circular los operarios, que trabajan en diferentes oficios.

Están ya concluidos los dos lados del cuerpo superior, cuyas ventanas ovoidales, molduras, intercolumnario sobre el fondo de lámina de zinc y cornizas,

forman un conjunto elegante y serio, cual conviene al carácter del templo.

Al mismo tiempo, está para concluirse de cerrar el lado exterior occidental del segundo cuerpo inferior. En él están forjados pórticos y ventanas de muy buen gusto, en armonía con el orden arquitectónico del cuerpo superior.

Puede decirse que con esto se ha salvado en gran parte el inminente peligro á que están espuestas las maderas, principalmente las colocadas al occidente, azotadas por el agua y los vientos del invierno.

Este aumento de trabajadores, que supone gran consumo de materiales, ha hecho que fondos considerables sean absorbidos por las fuertes planillas que se cubren cada sábado.

El temor de quedar estos completamente agotados y el de tener que suspender los trabajos cuando haya mayor necesidad de continuarlos por las lluvias, con perjuicio de la obra, comienza ya á preocupar á los encargados de la obra.

El Señor Presidente Zaldívar ofreció que el Gobierno contribuiría con 20,000 pesos á la construcción, y que él como particular daría 1,000 para el mismo fin, no ha podido efectuarse el pago de la más mínima parte de esos ofrecimientos.

El pueblo de la Capital, principalmente la respetable clase proletaria, ha hecho heroicos esfuerzos, que han contribuido en mucho á poner la obra en el estado en que se encuentra.

Sabemos que entre los Señores Curas, algunos no han cumplido aun lo dispuesto en la pastoral del Ilmo. Señor Obispo relativa á la Nueva Catedral, en la que se manda que colecten personalmente las limosnas de sus feligreses, que den cuenta cada tres meses á la Secretaria de la Junta Directiva de sus operaciones, y que envíen á la Tesorería de la misma las colectas trimestrales.

Otros lo han hecho una ó dos veces solamente, y después lo han omitido por completo.

Aunque El Católico no tiene ningún carácter oficial, si se cree autorizado por el interés propio de todo católico, á excitar á los Señores Párrocos de la Diócesis al cumplimiento de una obligación, que, aunque produzca muy poco en cada parroquia, puede formar un todo considerable y constante en la Diócesis.

Tal vez de este ramo, que bien sistemado es el más productible y seguro de todos los ingresos ordinarios de la Catedral, depende la conclusión ó la paralización de la obra.

No dudamos, que el clero Salvadoreño, tan decidido por los intereses católicos de su patria, verá esto con el empeño que merece, en favor del santuario principal de la Diócesis y del monumento más grandioso de la República.

Otras curiosidades de la Biblia.—El Colaborador de "*La República*," cuya labor consiste únicamente en repetir lo peor que se ha escrito contra el Catolicismo, ha publicado un artículo bajo este epígrafe, de la misma fábrica y de la misma marca de los de la *papisa Juana* y de los que "El Pueblo" publicó en años pasados contra la sagrada Biblia.

"El Católico" no se ocupará jamás de responder á esos miserables plagios, que, contestados victoriosamente en sus fuentes originales, no sirven más que para poner en ridículo á los que van á exhumarlos para lucirse con ellos.

Voltaire escribió en el siglo pasado una obra, que tituló BIBLIA ESPLICADA, en la que recopiló cuantas objeciones y falsas interpretaciones de los textos bíblicos hicieron los hereciarcas desde los primeros si-

glos, y que los doctores y espositores católicos refutaron desde su apareamiento.

Lo único que Voltaire hizo en su BIBLIA ESPLICADA fuè, por una parte callar las contestaciones dadas, y por otra disponer las falsas interpretaciones en tal orden, adornarlas con tal chiste, esmaltarlas con tal inmoralidad, que fuera el perpetuo arsenal que dejó en herencia á sus sucesores.

Al aparecer la famosa BIBLIA ESPLICADA por Voltaire, muchos sabios de primer orden como Bergier, Feller, Barruel & & la hicieron hacer fiasco tan ridículo, que el mismo Voltaire en su correspondencia particular confesó, *haberse arrepentido mil veces de haberla publicado.*

Sin embargo, la BIBLIA ESPLICADA, puesta esprofesamente por Voltaire al alcance de las inteligencias más medianas, produce extraordinaria impresión en ciertas personas, que, no habiendo hecho en su juventud estudios elementales de ninguna clase, se dedican después exclusivamente y sin el lastre de aquellos principios, á la lectura de obras irreligiosas.

La lectura de la BIBLIA ESPLICADA suele causar en esas personas un efecto análogo, al que la lectura exclusiva de las obras de *caballería* causó en el caballero manchejo, y que lo comprometió en tan célebres combates.

Ningún católico debe entrar en lid con esa clase de adversarios, que, á pesar de los errores que suponen en la Sagrada Escritura, jamás conseguirán que ese libro singular deje de brillar en los siglos futuros, lo mismo que en los pasados, con los sublimes caracteres que solo corresponden la eterna verdad.

Algunos padres de familia y personas respetables de esta Capital, nos han excitado á que manifestemos la desaprobación general de la Sociedad y el disgusto de las familias, por la profanación del hogar doméstico, que creen haberse causado los artículos publicados y sorteos que se han permitido hacer en estos últimos días.

En efecto, ningún padre de familia, ningún esposo honrado, ningún hermano afectuoso, puede dejar de ofenderse al ver á sus hijas, esposas ó hermanas, siendo la diversión de individuos que se entretienen en observar sus formas, compararlas, discutir las, apreciarlas, y calificarlas.

Estos sorteos, además de causar rivalidades entre algunas personas, tienden á halagar la vanidad de unas, á deprimir á otras, y á excitar en todos el aprecio desordenado por las formas materiales, que no son ciertamente ni la mejor cualidad, ni el mérito más apreciable de la mujer.

No teníamos ejemplo de esto en el pasado, ni nuestros ascendientes acostumbraron tratar á la familia con tan poco respeto. Para esto se necesitaba que una civilización extranjera viniese á hospedarse entre nosotros, y que en cambio de esa hospitalidad, profanase las instituciones y costumbres más respetables de la patria.

Aniversario.—El 5 de Junio corriente El Católico cumplió el tercer año de su existencia, habiendo llegado á su XIV serie y á su número 158.

Al tocar ese término, cumple el deber de dar mil gracias, primeramente á Dios cuyos auxilios lo han favorecido, y después á sus conciudadanos con cuyo aprecio tanto se honra.



Los Masones en Suiza.

Todos saben que la Suiza ha sido siempre la guardadora de la Francmasonería, cuando los gobiernos

Europeos, atendiendo á su propia conservación y á los intereses de sus pueblos, han perseguido esa secta, tan contraria á la religión como al orden público.

Pues bien, parece que hasta en la misma Suiza comienza ya á faltarle tierra.

El Correo de Ginebra, (periódico protestante), dice lo siguiente:

“No es solamente en Schaffouse donde se tiene desconfianza de los masones: en Berna se cree tambien necesario precaverse contra esa *peligrosa asociación.*”

“La sección de la Volkpartei en Nidean se ha dirigido á la Asamblea Constituyente, pidiendo sean excluidos de los empleos públicos, los masones sean cuales fueren.”

Y los Suizos tienen razón: porque, si los masones están obligados con los juramentos más terribles y bajo las penas más severas, á obedecer siempre las leyes de su logia y á cumplir las órdenes de sus superiores, las cuáles frecuentemente están en contradicción con los intereses del gobierno que los emplea ó de los pueblos á que sirven, ¿á quién obedecerán más?

Dígalos la experiencia.

Así es como se han visto caer de repente y cuando menos se pensaba, gobiernos, instituciones, fortalezas, provincias enteras, confiados á un empleado masón, que tuvo que escoger entre la traición á su patria y la muerte que le esperaba irremisiblemente.

LIBRERIA MORAL Y RELIGIOSA.

En nuestra librería moral y religiosa, se encuentra un surtido de libros selectos, en el que todas las clases sociales pueden hallar los que más les acomoden, ya sea para proporcionarse lecturas recreativas, ó para sacar utilidad positiva.

Nuestro Catálogo con precios está á disposición del que lo quiera, y los pedidos que se nos hagan por conducto de los Señores Agentes de “El Católico,” ó directamente, serán atendidos en el acto.

De los precios anotados en nuestros libros y en el Catálogo, hacemos una rebaja de diez por ciento, sea cual fuere la cantidad que se nos compre. Los libros que se nos pidan los remitiremos por el correo ordinario, siendo su porte de nuestra cuenta.

San Salvador, Enero de 1884.

FEDERICO PRADO & C.^a

El nuevo Catecismo de doctrina cristiana para la Diócesis de San Salvador, aprobado y recomendado muy especialmente por el Ilmo. Señor Obispo Cárcamo, se encuentra de venta *únicamente* en la librería de

Federico Prado y C.^a

UN BUEN ARMONIO PARA IGLESIA.

ESTÁ DE VENTA EN CASA DE

Yúdice y C^o

San Salvador, Junio de 1884.

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, PLAZA DE SAN JOSÉ—N.º 28